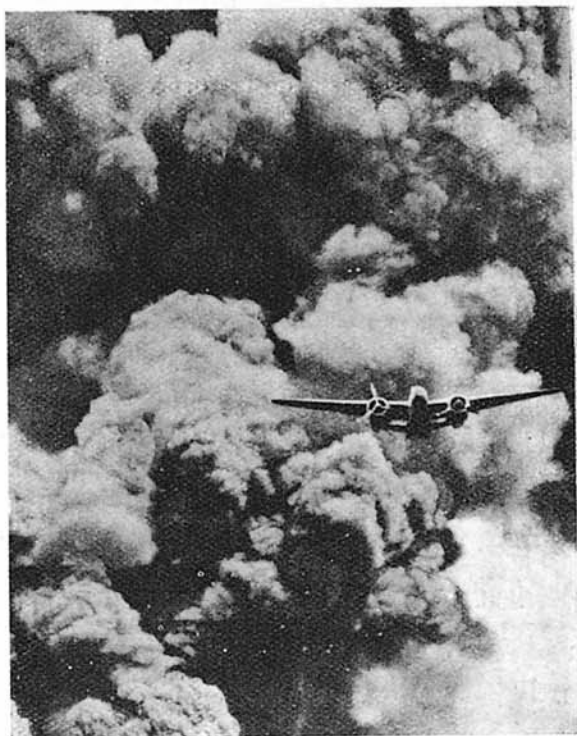


Reflexiones militares

del momento actual

Por el Coronel
MANUEL MARTINEZ MERINO



Nuevos medios.

Este período de calma entre dos guerras, o paz relativa, que actualmente disfruta la Humanidad, se presta a pararse un poco en algunas reflexiones militares, interesantes para poner al día ideas que con las novedades de la última contienda—en armas, táctica, principios y organización—han sufrido cambios. Reflexionar sobre los acontecimientos, y no la copia de lo que se hizo o dijo, podrá dar normas para futuras organizaciones; de ahí la importancia que puede tener el intentar estudios parciales, con fin meramente especulativo o filosófico-militar, y sin perder de vista que a los resultados o conclusiones no podrá dárseles un valor definitivo, al que no debe aspirarse en materia tan variable en el tiempo.

En Arte Militar suelen estudiarse primero los *principios, táctica y organización*, etc., para después detallar los medios para hacer la guerra; es decir, se va de lo que ha de presidir a lo que ha de ejecutar. Esto parece lógico en lo confirmado o cristalizado ya en doctrinas; pero cuando hay que tratar de lo que está en evolución, es for-

zoso ir al revés, pues en la realidad es el nacimiento de las máquinas o medios lo que ocurre primero, y a ellos se amoldan o de ellos nacen la táctica, organización y aun la estrategia, por lo que habrá de empezarse hablando de los nuevos medios, para deducir algunas consecuencias o repercusiones de su aplicación en la guerra futura.

El final de la última guerra marcó, como nunca, una desenfadada carrera de perfeccionamiento en medios técnicos. Fué el galope final de la ciencia, por parte de los dos bandos, para alcanzar metas vitales. Si en 1944 Alemania hubiese conseguido un perfecto empleo de las "V-1" y "V-2", y dotarlas además de explosivo atómico, es posible que la guerra hubiese cambiado de resultado. Igualmente, para la defensa de Inglaterra en 1940—acaso el punto culminante donde la guerra se decidió—hubiese sido fatal la presencia de los aviones de reacción "Me-262", si los alemanes hubiesen podido anticipar en cinco años su construcción en grandes series.

Una vez más se ha presentado como de-

finitiva la influencia de la sorpresa técnica. A los aliados les costó tres años vencer con sus poderosos medios industriales las sorpresas alemanas. Los alemanes no tuvieron tiempo para responder eficazmente al progreso aliado con otras sorpresas, aun cuando lo intentaron tenazmente, pues sabían que en ello les iba la victoria. Por el contrario, los anglosajones consiguieron sobre los Estados del Eje la enorme sorpresa del "radar" (terrible golpe para su Aviación y submarinos), y más adelante los Estados Unidos, sobre el Japón, consiguieron la de la bomba atómica, aun cuando seguramente en ocasión en que ya no les era indispensable para la victoria final.

Cuatro han sido los nuevos medios que verdaderamente pueden considerarse como revolucionarios o sorprendentes en esta guerra: la desintegración atómica, las tropas aerotransportadas, la propulsión por reacción (en proyectiles y aviones) y el "radar" o radiolocalizador. Ellos solos, al llegar a un pleno desarrollo, podrían cambiar totalmente la fisonomía de las guerras.

Las noticias de la *bomba atómica*, escasas y contradictorias muchas veces, nos han dejado sin saber exactamente el valor real de sus efectos. Si incógnita es esa bomba para la mayor parte del mundo, en cuanto a su fabricación, no es menos desconocido para todos el resultado de su empleo.

Todas las armas unen a su efecto real un efecto moral, en algunos casos de gran importancia. En la bomba atómica se ha agregado a sus valores real y moral otro, que podríamos llamar político y diplomático, que ha venido a aumentar la confusión.

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki, ¿tuvieron en sus efectos el valor material que se les atribuye? ¿No influyó grandemente en ellos el sistema de construcción de aquellas ciudades? El efecto moral fué inmenso; pero, ¿hubiese sido el mismo en un Japón victorioso? Si es cierto que esas dos bombas terminaron aquella guerra, ¿no lo es también que el Gobierno japonés necesitaba ya una disculpa para abandonar la lucha, y esos episodios, convenientemente agrandados y explotados se la daban? Difícil será llegar a saber dónde está la verdadera medida, si tanto a los que emplearon

las bombas como a los que las sufrieron interesó exagerar sus efectos.

En cuanto a las pruebas posteriores, todo parece indicar una decepción con respecto a lo esperado. ¿Realmente es así? La primera bomba de Bikini, haciendo explosión en el aire, como las del Japón, dejó intacta la cubierta de vuelo de un portaviones situado a unos 1.600 m., según nos dicen, y todos los aviones que estaban en ella siguieron en sus puestos. No parece esto muy de acuerdo con los efectos pregonados antes; pero sería interesante saber qué buscaba ahora la propaganda. ¿Es conveniente hacer creer en la existencia de un arma terrible para atemorizar a los no poseedores de ella, o no puede convenir más desviar la atención de los que intenten seguir ese camino de investigación, presentándolo como caro y poco eficaz proporcionalmente? ¿Convenría a los países poseedores de grandes medios de guerra, navales o terrestres, dejar claramente sentado que todo aquello en lo que está basado su poder actualmente no sirve ya para nada ante un medio nuevo no totalmente inaccesible a otros?

Todos estos interrogantes son fieros guardianes de la verdad, que no es posible llegue a nosotros en mucho tiempo, a pesar de cuanto diga la prensa, profesional o no, para llenar sus columnas de noticias sensacionales.

Será preciso acoger con bastantes reservas tanto las noticias muy optimistas como las demasiado pesimistas. Solamente una cosa aparece clara en medio de esa confusión: sea ese poder destructor, terrible y apocalíptico, o sea más modesto, la influencia del poder aéreo en la batalla no ha sido modificada por su aparición, y la desintegración atómica sólo ha venido a perfeccionar o aumentar sus medios de acción. Ha proporcionado el superexplosivo o muy alto explosivo tan deseado, y no hay que pensar que éste sea el único del futuro.

Es de sospechar que la propaganda, en determinados casos, haya exagerado su verdadera importancia, pretendiendo darle un carácter resolutivo y exclusivo en futuras contiendas; pero no hay por qué dejarse llevar por las conveniencias de la propaganda. Analizando despacio, parece indudable que sus efectos, como explosivo, son extraordinarios; pero los mismos fines que

con él se obtengan, ¿no se obtendrán con otro alto explosivo empleado en más cantidad? ¿No hubiese corrido la misma suerte el Japón con 2.000 aviones dispuestos a lanzarle bombas de diez toneladas y bombas incendiarias, que con las dos bombas atómicas? Seguramente los efectos morales y materiales podían haber sido los mismos. Respecto al factor económico, aún no se sabe qué hubiese resultado más barato y rápido de obtener.

Por varias razones no puede pensarse hoy que el explosivo atómico sea arrojado ventajosamente en proyectiles de artillería ni en bombas dirigidas o cohetes. El avión es, al parecer, su vehículo óptimo, y en cuanto al poder aéreo, el problema queda planteado en los mismos términos que antes de aprovecharse la desintegración del átomo. Si el país que posea la tal bomba tiene poder aéreo para llegar al interior del país enemigo y bombardearlo, cualquiera que sea la distancia, impidiendo al mismo tiempo que su territorio sea dominado por la Aviación contraria, podrá tener éxito; si no, no. Por el contrario, si el país no poseedor de la bomba (el que había de asustarse) no se asusta y prepara una Aviación capaz de defender su cielo y además de llegar a dominar el cielo adversario, entonces el poseedor del explosivo atómico se verá en la imposibilidad de aplicar su panacea y se verá destruido por bombas no atómicas.

La guerra futura, ¿la resolverá la bomba atómica? Si es así, es bien seguro que no la resolverán 50 ni 5.000 bombas solamente. Las noticias de estarse construyendo a razón de unas cien mensuales, de ser ciertas, confirmarían la seguridad de que harán falta en mucha cantidad. Serán muchas bombas unidas a un gran poder aéreo.

Es de advertir también que aún falta la contraarma, que no tardará en aparecer. ¿No podrá ocurrir que aquella nueva arma no llegue nunca a tener eficaz utilización? Todo ello recuerda lo ocurrido con los gases en la anterior guerra mundial, con los cuales se auguraba que, cuando se perfeccionasen, las guerras no podrían existir ya, porque se exterminaría la Humanidad...; y en ésta no se han empleado, y bien seguro que si ha sido así, no fué precisamente por sentimientos humanitarios, que no han ca-

racterizado a la última contienda, sino por no creer en su total eficacia y ser más los inconvenientes que podrían acarrear que sus ventajas.

Nos permitimos creer que, en todo caso, aun siendo muy grandes sus posibilidades, no será el arma del porvenir. Más modestamente, se conformará con ser un arma más del porvenir. Pero si a la bomba atómica hay que asignarle el valor que se la atribuye; si un bombardeo de pocas toneladas puede arrasar una ciudad y, simultáneamente, una Aviación puede reducir a escombros en unas horas todas las ciudades o centros importantes del enemigo; si es cierto el gran peligro de la utilización de los *venenos radiantes* en forma de gases o polvos terriblemente radioactivos que como subproductos de la energía atómica se obtienen, y que dicen constituir un arma infinitamente más peligrosa que la misma bomba; si una lluvia radioactiva, obtenida por saturación del agua con estos productos, puede hacer inhabitables durante varios días grandes extensiones de terreno, sin defensa posible contra ello, entonces la desintegración atómica habrá dado a la Aviación el valor de un arma terrible y resolutiva. A los Ejércitos del poseedor de esas armas no les quedarían más que paseos militares sobre paisajes desolados. Lo que se dijo de la Aviación y la guerra química, que la realidad última no confirmó, aparece nuevamente como de actualidad con este supuesto.

Con las *tropas acrotransportadas* ha hecho aparición entre los elementos para hacer la guerra uno nuevo, que permite a las fuerzas llegar a su objetivo por la línea recta a velocidades sorprendentes y prescindiendo de las organizaciones defensivas que hasta hoy garantizaban la seguridad en tierra; que allana el obstáculo que pudieran representar montañas, ríos, mares, selvas o desiertos, y desconoce igualmente las largas distancias y las fortificaciones. ¿Qué evolución puede producir esto en el arte militar, donde las comunicaciones, la penetración y, en una palabra, el movimiento, es factor decisivo? Creemos firmemente que es el elemento que más ha de transformar la lucha futura; el más radicalmente revolucionario.

No podemos conformarnos con lo que las

tropas aerotransportadas han significado en esta última guerra. Todos los medios, en su nacimiento, tienen una eficacia muy reducida con respecto a sus posibilidades posteriores o definitivas. Es evidente que esta modalidad de lucha abre nuevas perspectivas, apenas iniciadas, y de poco podría servir el tomar como ejemplo lo que hasta ahora se ha hecho con estas tropas. En lo pasado sólo hay aprovechable e interesante el hecho de su aparición. Esto es lo fundamental; lo demás será completamente distinto en el porvenir.

Los calificativos o características que, acaso demasiado precipitadamente, se les ha atribuido (fuerzas de acción muy limitada, débiles, poca movilidad una vez desembarcadas, poca capacidad defensiva, etc.), acaso sean justos con relación a su actuación hasta hoy—actuación que podíamos llamar tímidos ensayos—; pero de ninguna manera pueden calificar a las tropas aerotransportadas de mañana. Divisiones y Cuerpos de Ejército en el número preciso, con todos sus elementos, incluso los motorizados; supliendo la artillería pesada con unidades de bombardeo de la Aviación táctica y con sus atenciones logísticas servidas por una Aviación de transporte, no necesitarán ser relevadas rápidamente por su fácil agotamiento, ni entrar pronto en contacto con el resto del Ejército para poder subsistir y no ser aniquiladas. No debe nunca confundirse la debilidad de los paracaidistas con las posibilidades de unas fuerzas aerodesembarcadas, si éstas se hacen dueñas de una extensa zona.

Para poder prever algo del futuro en esta modalidad, hace falta tener firme el concepto de que el transporte aéreo puede, en el momento preciso, igualar y aun sobrepasar en rendimiento a todo otro transporte, sea por ferrocarril o carretera. La capacidad del transporte aéreo, uno de los problemas que habían limitado más el empleo de grandes masas, es cosa ya resuelta. Actualmente puede contarse con aviones y planeadores capaces para 150 ó 200 hombres y material pesado, y están muy próximos los de 500 hombres, sin que haya razón ninguna para pararse ahí si conviene mayores tonelajes.

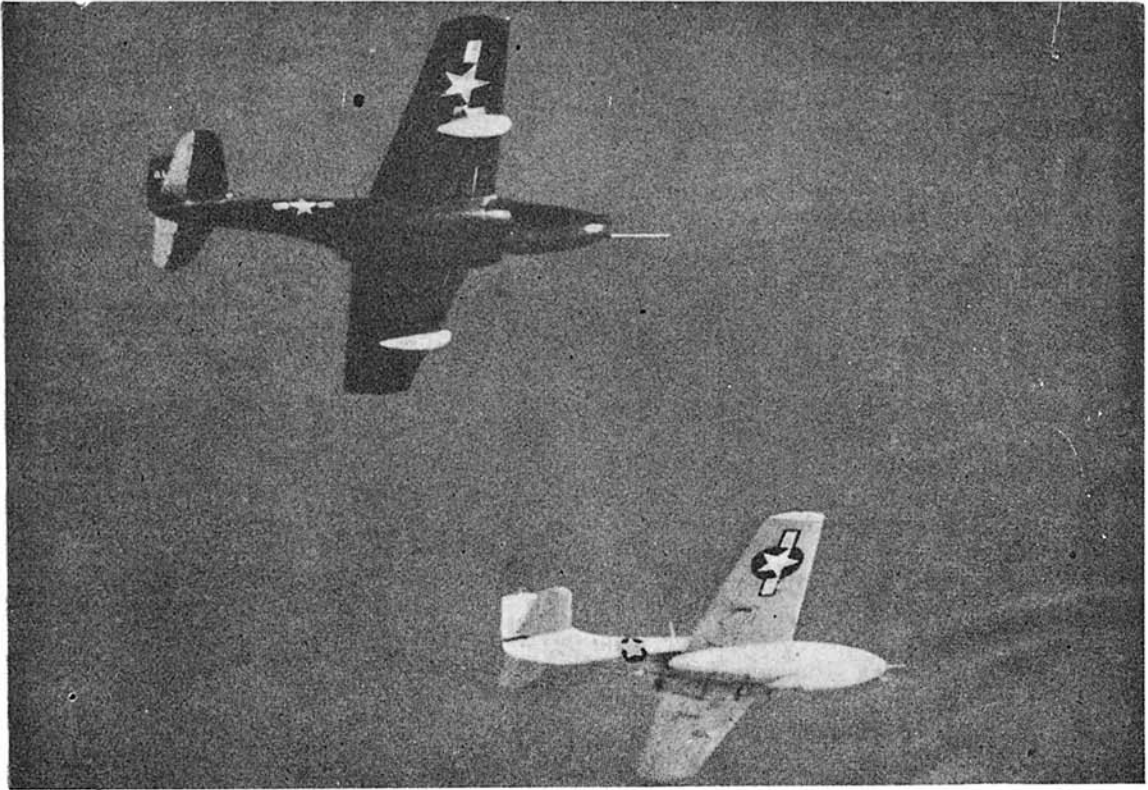
Están tan íntimamente ligados todos estos nuevos medios, que no se pueden ha-

cer hipótesis sobre el progreso de uno de ellos sin suponer o aceptar al mismo tiempo el avance paralelo de los demás. El enorme campo de acción del transporte por el aire, especialmente en la guerra, donde los caminos pueden ser malos, estar destruidos, congestionados o no existir, es lo primero que hay que aceptar. A partir de ahí, la logística se transforma de tal modo (velocidad, capacidad, seguridad), que caen por tierra la mayor parte de los inconvenientes que a las tropas aerotransportadas se han puesto.

El desembarco aéreo, como ha demostrado su intervención en todas las batallas modernas, es ya un medio de enormes posibilidades con el que se contará siempre. Es una maniobra más que agregar a las clásicas de ruptura, envolvimiento o sobordamiento: el envolvimiento vertical. Estas acciones crean un nuevo motivo de estrecha colaboración entre las fuerzas de Tierra y Aire.

Debe huirse de pensar que las tropas aerotransportadas son una fuerza especial más o menos numerosa, pues ello equivaldría a fijarle unas posibilidades muy limitadas, como hay tendencia a hacer oponiendo al desarrollo de estas tropas el lastre de ajustarse a la experiencia pasada. La verdadera revolución que ellas señalan es que se trata, no de un arma nueva, sino de un camino o vehículo nuevo a emplear por las fuerzas del Ejército, y que debe utilizarse desechando, en cuanto sea posible, la especialización de unos pocos. La utilización será perfecta cuando los hombres o las Grandes Unidades completas, con sus equipos y armamento, sean transportados indistintamente en camión, buque o avión, según las necesidades o los cometidos.

La discusión que aún pudiera existir sobre si han de ser fuerzas del Aire o del Ejército de Tierra, la dará resuelta el enorme volumen que han de tener, que no puede abarcarse con unas tropas del Aire instruídas en estas misiones. Este concepto ha evolucionado desde su nacimiento como especialidad aérea, y ya no puede haber más solución, por su número y por sus funciones, que la de ser esas unidades pertenecientes al Ejército de Tierra. Realmente han de ser las mismas Grandes Unidades del



Ensayos de aparato radio dirigido por medio de instrumentos desde otro avión.

Ejército, con muy ligeras o ninguna variante. Pero el encargado de su transporte será el Ejército del Aire, y entre los elementos necesarios al transportador estarán unas fuerzas especiales (como la Marina tiene unos marineros o unas unidades de Infantería de Marina), cuyo principal cometido ha de ser hacer posible el desembarco de los demás. Estas tropas paracaidistas y transportadas en pequeños planeadores han de ser precisamente del Aire, por necesitar una instrucción aeronáutica muy especializada y un continuo entrenamiento en vuelo; por sus misiones de preparación de campos de aterrizaje, su balizamiento y señales de toma de tierra a los transportes; puesta en funcionamiento de las instalaciones de aeródromos ocupados (si el desembarco ha sido en alguno del enemigo), y por tener que elegir muchas veces los terrenos adecuados, ya que generalmente no será el desembarco en un aeródromo.

La columna de desembarco aéreo tendrá así dos escalones o elementos bien diferen-

ciados: El más pesado y verdaderamente combativo, al que podría llamarse *elemento aerotransportado* (Grandes Unidades en transportes pesados), y el que podríamos denominar *elemento lanzado*, de preparación del desembarco, que ha de atender a esta misión y para ella estará especialmente instruido sin dejar de ser combativo. Este elemento se lanzará en primer lugar y será el formado por tropas de Aviación, pues ha de tener una instrucción conjunta con los pilotos de planeadores y tripulaciones de aviones, obedeciendo a reglamentos y normas comunes y a un mismo mando. Solamente así tendrán unos y otros la compenetración necesaria en los momentos difíciles de un desembarco aéreo.

Cuando hablemos de organización o modificaciones de ella, que parecen impuestas a los futuros Ejércitos por los nuevos medios, será necesario insistir algo sobre este punto.

Es indudable que debe ampliarse el concepto que generalmente se tiene sobre las

misiones de que son capaces estas tropas. Aquéllas podrán clasificarse en tres grupos:

Misiones de gran profundidad.—Ocupación de una zona extensa, estableciendo un frente en el interior del país enemigo, ya sea con objeto de tomarla como base de futuros avances, para cooperar en una amplia maniobra de ocupación, etc. Es misión de gran masa de fuerzas. Un caso particular puede ser la ocupación de islas.

Misiones tácticas o de cooperación inmediata. Dentro del límite de las operaciones de un frente, ayudando a la acción de determinadas unidades, mediante la ocupación por breve tiempo de zonas próximas en la retaguardia enemiga. Colaboración en desembarcos navales, dominio de pasos importantes, anulación de centros fortificados, interceptar reservas, etc. Cooperación en maniobras rápidas, trasladándose las fuerzas a puntos distantes. Socorro o refuerzo de posiciones o frentes en situación difícil. Explotación del éxito en los momentos que toda velocidad es poca para ocupar lugares que ya estaban realmente conquistados por una batalla victoriosa.

Misiones especiales, políticas o informativas. Colocación en el interior del país enemigo de saboteadores o agitadores políticos, espías, etc. Golpes de mano y otras atenciones.

El empleo de los desembarcos aéreos trae para el futuro una primera gran preocupación: la confusión en el concepto de líneas de contacto. Hay que dar por descontado en la próxima guerra que cualquier lugar de retaguardia—si queremos seguir llamando vanguardia a las fronteras o líneas de contacto iniciales—puede ser teatro de operaciones. Todo el territorio deberá estar organizado para una fuerte reacción defensiva, y no es necesario insistir mucho en las complicaciones orgánicas que ello lleva consigo: diseminación de tropas e inmovilización de gran cantidad de ellas y de material.

Si hasta hoy el poder aéreo, con el nuevo concepto de guerra total, ha hecho que los países enteros puedan sentirse frente de combate por estar expuesto cualquier punto a la agresión aérea, los Ejércitos aerotransportados darán un pleno valor a esa

idea, puesto que no se tratará ya de bombardeos o destrucción, sino de verdadera ocupación, lo que inesperadamente y en cualquier momento pueden sufrir los más internados lugares o zonas de una nación. Al ataque clásico de líneas ha de sustituir el nuevo ataque a superficies, con una mayor desventaja para el que haya de defenderse, pues si las líneas puede conseguirse que sean fuertes, en toda la superficie será muy fácil encontrar muchos puntos débiles.

Volviendo a un ejemplo sobre la última guerra, ¿cuál podría haber sido el resultado del ataque a Inglaterra en 1940 si después del triunfo rápido en Europa los alemanes hubiesen conseguido dominar el cielo inglés—anulando la caza británica—y hubiesen dispuesto de algunos miles de aviones de transporte y planeadores de los tipos actuales, capaces de conducir artillería y carros blindados? Para completar la hipótesis, debe tenerse en cuenta el estado de débil defensa en que Gran Bretaña se encontraba, según propia confesión inglesa, en los días del reembarco de Dunkerque.

Claro es que algunas zonas resultarán más protegidas, naturalmente, contra grandes desembarcos aéreos, por su constitución montañosa. Pero éstos irán siendo cada vez más facilitados por nuevos ingenios. Aparatos de toma de tierra y despegue verticales, cuya solución ya se ve posible, irán liberando de la servidumbre del terreno—que es actualmente su verdadera limitación—a estas operaciones.

Sin embargo, este nuevo concepto de la ofensiva, el más trascendente de los nuevos conceptos, trae consigo otra pesada condición o servidumbre: el previo dominio del aire, sin cuyo requisito no es posible el menor intento de estos desembarcos.

La utilización de las tropas aerotransportadas será, como toda cooperación con el Ejército de Tierra, una de las primeras conquistas de quien logre dominar el aire: es más bien una consecuencia o corolario de ese dominio. Una faceta más de la explotación del éxito de la batalla por el dominio del cielo.

Terminamos hoy aquí, dejando para otro día el comentar los dos nuevos medios restantes y el tratar de imaginar algo de táctica y organización en ellos fundada.